

REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

TOMO 5

SAN JOSÉ DE COSTA RICA, LUNES 9 DE ABRIL DE 1923

No. 30



ALFONSO REYES

LA CASA DE HIELO

No puedo pensar en Alfonso Reyes, el gran escritor reymontano, sin que venga a llenarme de angustia el recuerdo de la casa en que le conocí, donde él vivió más de cinco años y yo vivo todavía.

No puedo cantar la elegía de esa casa trágica, porque me parece que sería cantar un poco a mi misma muerte. Pero ahora, en este mediodía del trópico, con el ambiente húmedo por la lluvia reciente, con la ventana abierta sobre el palmar, quiero contar el secreto de aquella casa, ese misterio profundo que tan claramente me reveló el heroísmo cotidiano y tranquilo de Alfonso Reyes.

En la apariencia era una casa como todas las demás. Como tantas otras del Madrid nuevo se había construido con los desechos del Madrid viejo. Los escombros de las casas antiguas y señoriales han levantado casi todo el barrio de Salamanca, ese barrio gris y elegante, que tiene un fondo tan claro en la nieve de la sierra. Miraba nuestra casa a la pequeña plaza de Salamanca. A lo lejos se veían pasar todos los entierros de Madrid, que se despiden en la ruidosa plaza de la Alegría. Un poco más lejos estaban las líneas de los lentos tranvías. Y más lejos aún se veía la silueta diáfana y bellísima del Guadarrama. ¡Ah, y frente por frente, estaban unos admirables campos de tennis, en donde, por el invierno de 1920, fundamos nuestro Moratín tennis club, el pri-

Alfonso Reyes

(NOTAS FRAGMENTARIAS)

POR JOSÉ MARIA CHACÓN Y CALVO

[Del tomo *Ensayos Sentimentales*, que acabamos de publicar en las ediciones del REPERTORIO AMERICANO].

mer homenaje rendido a la memoria del desconocido introductor de ese y otros deportes en la España de Carlos IV.

Con un ambiente tan bello (si aceptamos la plaza de la Alegría, la predilecta, tal vez, para Gutiérrez Solana, el gran pintor de la España negra), con un ambiente tan diáfano y puro ¿por qué sentíamos tanta desolación, por qué me sentía yo rodeado de una penetrante tragedia cuando entraba en aquella casa de General Pardiñas número 32? Venía a ella después de haber cruzado la gran llanura de Castilla. Conocía ya el frío profundo de sus noches de otoño. De Soria a Burgos, en una diligencia que atravesaba los pueblos diezmados por una epidemia, sentí el secreto del dolor de Castilla y ese soplo de vida franciscana que viene de su llanura. Después de haber visto caer la nieve frente al Doncel de Sigüenza, la más lírica escultura que ví en España, me sentía bien preparado para el frío y para la muerte. Pero al llegar a aquella casa sentí que mi ilusión se desvanecía.

No era el frío de la llanura ni el de la montaña; era un frío único, completamente desconocido para mí, que no parecía venir del aire sino salir de lo más profundo de la tierra. No olvidaré nunca la imagen dantesca que esta dura impresión me sugería: la casa tenía por cimientto un enorme témpano de hielo. Así se explicaba que los brillantes radiadores estuviesen completamente helados. Así se explicaba también la ascensión inacabable del frío, que lentamente cubría de una capa de hielo todas las cosas. Estaban cerradas las puertas y las ventanas. ¿De dónde venía aquel aire sutil que apagaba el vacilante brasero? Sentíamos que junto al frío que venía de las entrañas de la tierra, un ambiente de misterio envolvía nuestra casa. Y por encima del frío doloroso y rompiendo la urdimbre del misterio cotidiano, Alfonso Reyes dejaba libre su fantasía y su triunfal ímpetu lírico le hacía feliz.

Le veo envuelto en su enorme manta de Palencia, entregado a su labor infatigable.

En la alcoba vecina, Pedro Henríquez Ureña suspira por las heladas regiones de Minnesota. Él viene de un país casi glacial y aquel frío, aquel ambiente de frío misterioso, le es completamente desconocido también. Alfonso Reyes conversa y recuerda, en las leves interrupciones a su trabajo. Es el trabajo lleno de sosiego. Tiene la serenidad necesaria para que nada más podamos pedirle. En tanto, en la conversación, en el recuerdo, pasa la sombra lírica, espiritual, fugitiva del lejano Monterrey.

LA DOCTRINA DEL IMPULSO RÍTMICO

DÓNDE ha expuesto esta teoría Alfonso Reyes? ¿Puedo estar seguro de que la ha llegado a exponer en alguna parte? ¿Estará sólo en las conversaciones con sus amigos? Tengo vagos recuerdos y no puedo precisar nada. Quizá fué a propósito de un romance viejo cuando nació la atrayente doctrina, fecunda en derivaciones. Quizá un amigo de Reyes la recogió, la puso en sus labios y prometió, en nombre del ensayista, un largo y próximo libro. Lo cierto es que desde hacía mucho tiempo,—casi tengo que remontarme a mis años de folk-lorista,—siempre que quería representarme a mi amigo, me lo imaginaba como el hombre del impulso rítmico.

Engañan pocas veces esos presentimientos de la amistad. Yo sentí que era real mi figuración el mismo día en que conocí a Alfonso Reyes. Día de la llegada: el primer calor del verano de Madrid, cansancio de las cosas, impresión gris de las gentes. De pronto, en medio del Retiro, cerca del gran estanque, Reyes me dijo: Anda usted con mucha lentitud, todavía trae usted nuestro ritmo de América. Desperté ante la palabra mágica y sentí una gran alegría: comprendí el secreto del escritor, veía, con una visión clarísima, proyectarse el maravilloso espíritu del hombre. Sentí entonces la profunda luz del espíritu que llenaba de claridad la ima-